

GNIA

PATRICIA REIMÓNDEZ PRIETO

LES
editorial

Primera edición: marzo de 2022

© Patricia Reimóndez Prieto, 2022

© Letras Raras Ediciones, S. L. U., 2022

© Gabriela Rey @madameardent, ilustración de la portada, 2022

LES Editorial pertenece a Letras Raras Ediciones, S. L. U.

www.leseditorial.com

info@leseditorial.com

ISBN: 978-84-17829-61-2

Depósito legal: MU 50-2022

IBIC: FM

Impresión: Podiprint

Impreso en España - *Printed in Spain*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com).

*A mi madre.
Sé que esta historia te habría encantado.*

«Si la ves, sal del bosque.
Más allá de los robles no tiene poder».

Antigua leyenda.



¿Quieres escuchar la banda sonora de esta historia?

PRÓLOGO

Contó en voz alta a los niños. Formaban una fila perfecta, de eso se había encargado ella. Los más pequeños delante, los mayores detrás. Tenían entre seis y nueve primaveras y permanecían tiesos, todo lo rectos que eran capaces de estar, mientras ella posaba una mano en sus cabezas y sumaba un número más.

—Once, falta uno.

Siempre había un rezagado que se había quedado dormido o había sufrido un percance intestinal antes de salir de su casa. Las excusas eran muchas, ingenio les sobraba. Lo vio correr a lo lejos. Anxo, de nueve, llegó despeinado, a medio vestir y colorado.

—Lo siento mucho, Ela. Es que...

Cortó su discurso con un movimiento de mano.

—A la fila, venga.

—Sí, Ela.

Los guio por la senda que los llevaría a las afueras. Allí comenzaría la lección. El camino era largo, más para aquellos mocosos de piernas cortas a medio hacer. Procuraba ir a un ritmo pausado, como dando un paseo, para que nadie quedara rezagado, y comprobaba cada poco, echando una mirada atrás, que todos estuvieran bien.

—¿Ela?

—¿Sí, Irimia?

—¿Cuánto queda?

—Solo un poquito más.

El poquito dependía de la perspectiva, claro estaba. No era una mentira desde la suya, una mujer mayor y adulta, pero desde la de una niña de apenas seis primaveras ya era otro cantar.

—Vamos, mantened el ritmo.

Los oía resoplar y quejarse por lo bajo. Y aún tuvo que escuchar algún que otro «¿cuánto queda?» antes de llegar al destino: las tierras que se encontraban al final del bosque.

—Bien, niños, es aquí. ¿Tenéis las semillas preparadas?

Las protestas esta vez fueron más vehementes.

—Estoy muy cansada, Ela.

—Y yo también, Ela.

—¿Puedo beber agua antes, Ela?

—¿Y comer un poco, Ela?

Dio varias palmadas que resonaron en el aire.

—¡Silencio, ya está bien! Vais a gastarme el nombre.

En realidad, no se llamaba así. Ela era el mote cariñoso que le habían puesto porque bien podría ser su abuela. Nunca lo reconocería delante de ellos, pero así los sentía, como si todos fueran sus nietos. Unos duendecillos que a veces, solo a veces, conseguían ablandar su corazón; algo que no era muy difícil por mucho que ella se empeñara en mostrar lo contrario.

—De acuerdo, dejad de mirarme con esos ojillos de cordero. —Todos gritaron entusiasmados—. ¿No os he dicho que silencio? —Y callaron de inmediato—. Podéis sentaros un rato y tomar un tentempié. Pero en silencio.

Los pequeños se acomodaron en el suelo, el terruño donde deberían depositar las semillas que llevaban en sus zurrones de cuero. Aquel trabajo era simbólico, con él Ela intentaba enseñarles una lección vital. Dos veces en cada ciclo solar, una en primavera y otra en otoño coincidiendo con los equinoccios, se llevaba a los niños con la edad adecuada. Mientras los miraba y se sentaba frente a ellos pensaba en cómo algo que solo le debería llevar media mañana, al final siempre sobrepasaba el

mediodía con creces. Y eso que sabían que una vez acabaran tendrían el resto del día para jugar.

—¿Ela? —preguntó con timidez Aloia, la más pequeña, después de que su hermano Uxío la incitara a hablar con un codazo.

—Dime, Aloia.

Sabía de sobra qué quería decirle, nunca fallaba. A veces hasta adivinaba quién de todos ellos sería el que le hiciera la gran petición.

—Mientras comemos... —formó las palabras una vocecilla aguda y temerosa.

—¿Sí?

—¿Nos cuentas la historia?

Los miró a todos muy seria para que creyeran que sopesaba si se merecían semejante premio y que no estaba del todo segura de que así fuera. Un «por favor» fue creciendo desde el centro del semicírculo a los extremos, desde los niños más veteranos, con los que ya empezaban a no funcionar sus tácticas de anciana exigente y severa, hasta los más novatos e impresionables.

—Está bien, está bien, pero después no quiero ver ni una sola semilla en vuestros zurriones. —Los niños gritaron triunfales, casi la dejan sorda—. Silencio, silencio. Y ya podéis estar tranquilos, a la primera interrupción dejo el relato. ¿Estamos?

—¡Sí! —respondieron todos juntos.

—Bien, veamos, necesito recordar las palabras exactas. Esta historia no puede comenzar de cualquier manera.

Un montón de ojos expectantes la observaban y ella no pudo disimular media sonrisa. Sí, bueno, estaba tan encantada como los niños, pero eso era mejor que no lo supieran. Ela carraspeó y comenzó su narración.

CAPÍTULO 1

Las leyendas se fraguan de formas inimaginables. La mayoría cuentan hazañas de poderosos guerreros, fuertes y valientes, que se sacrificaron por sus pueblos y que vencieron a un mal todopoderoso. Esta es diferente a todas ellas porque no nació del deseo de gloria ni se alimentó del valor empuñado en una espada. Surgió del hambre y creció en ese frío que existe cuando el presente avanza sin futuro.

Esta historia sucedió en un tiempo ahora lejano, cuando el mundo estaba dominado por los señores de la guerra. Enfrentados entre ellos por su afán de conquista, habían olvidado cuál era su función en este mundo: servir a su pueblo. Así que, mientras ellos destruían todo a su paso, la gente malvivía tanto que ni a aquello se lo podía llamar sobrevivir. La tierra, regada con la sangre de los muertos en vez de con el agua de la lluvia, se fue volviendo yerma, incapaz de engendrar siquiera un brote de mala hierba. Sin campos prósperos no hubo forma de alimentar a los animales y poco a poco fueron desapareciendo.

Cuando a las personas ya solo les quedaba esperar a que les alcanzara el mismo destino que a sus animales, hubo alguien que miró al único lugar que se mantenía vivo, un lugar prohibido: el Bosque de Robles, la morada de la dríada.

En el Bosque de Robles nadie entraba, ni el viento del otoño ni la nieve del invierno, ni siquiera el sol abrasador del verano. Era un paraíso en primavera perpetua que observaba al resto del mundo desde una colina, su atalaya natural, ajeno a él, a salvo de él. Mientras todo a su alrededor perecía, volviéndose polvo sobre polvo, él se alzaba verde y abundante, soberbio y burlón, hasta parecía que se regocijaba con la desgracia de los humanos.

La leyenda del Bosque de Robles contaba que al principio de los tiempos los humanos acudían a él para cazar y recolectar sus frutos; el lugar los acogía como a uno más y su protectora, su señora la dríada, incluso simpatizaba con los hombres y mujeres que pasaban por sus dominios. Hasta que llegó un día en el que, cansada de su presencia, los expulsó. Y desde entonces solo un loco sería capaz de acercarse siquiera. Nadie que hubiera osado adentrarse en el Bosque de Robles había regresado jamás. Tampoco los señores de la guerra con sus grandes ejércitos que, despreciando la leyenda, intentaron conquistar aquella tierra inconquistable. Ni la soberbia ni la locura sobrevivieron al encuentro con la dríada. Pero ¿qué hay de la fuerza que se oculta tras la desesperanza?

La primera vez que Mara fue hacia el bosque no llevaba más que un saco de arpillera, viejo y ajado, y el cuchillo más grande que encontró en la casa que compartía con su madre y el único hermano que le quedaba. Ese cuchillo se usaba, antaño, para degollar y despellejar a los conejos y podría esconderse con facilidad, si fuese necesario, en el interior de una de sus botas de piel, tan desgastadas que en dos caminatas más tendrían bocas por las que asomarían los dedos de los pies. Al menos, antes de partir a espaldas de su madre y con la obligada complicidad de su hermano, lo había afilado bien. Si iba a morir en el intento, sería dejando huella en forma de cuchilladas.

La determinación con la que había caminado hasta el Bosque de Robles, hasta el comienzo de sus dominios, se tambaleó nada más poner un pie dentro. Sintió el temblor del bosque, la alerta que recorrió la tierra, la vegetación y hasta la última

rama de los árboles ante su presencia. El miedo, ahora que tomaba conciencia de lo que había hecho de verdad, hizo que de pronto olvidara lo que era andar y se quedó de pie, dentro de la espesura, aferrando su saco y, sobre todo, su cuchillo. Miles de ojos puestos en ella, de aves y roedores, pero también de animales de presa, de rapaces y, por supuesto, también los de ella, la dríada.

Le pareció tan poca cosa, escuálida como ningún humano que hubiera conocido antes en aquel tiempo lejano en el que les permitía pasar. Los ojos hundidos, los pómulos marcados y su piel tostada por el sol, seca y cuarteada, sin duda le hacían parecer mayor de lo que era. Bien seguro que no tenía nada más que aquello que sostenía con fuerza entre sus manos, así se agarraba el mortal al último aliento que le quedaba. El bosque se agitó, aleteando en las copas de los árboles, preguntándole qué debían hacer. Sintió curiosidad, así que esperó a que la humana diera el siguiente paso, ¿avanzaría o retrocedería? Cuando lo que te espera a tu espalda no es mejor que la perspectiva que se encuentra frente a ti, la decisión es fácil: adentrarse más en el bosque.

Para Mara fue como estar en otro mundo, imposible e irreal. La temperatura había descendido y la luz, abrasadora e implacable en el lugar del que provenía, se filtraba entre las hojas de los árboles descendiendo como hilos dorados sobre las flores y los arbustos. Blancos, rojos y amarillos salpicaban el verde que todo lo dominaba. No existía camino alguno, pues nadie lo había creado al pisar la hierba con sus pies una y otra vez; en cada paso necesitaba alzar sus piernas por encima de ella para avanzar con más facilidad. El aire se llenaba con el sonido de las hojas agitadas por la brisa y el canto de pájaros que parecía venir de todas partes. Avanzaba despacio, intentando tranquilizar su corazón, llenando y vaciando los pulmones poco a poco, diciéndose a sí misma que se calmara; si no lo conseguía, al menos lo habría intentado.

Y mientras la humana caminaba a través de una vegetación que casi le llegaba por las rodillas, la dríada no tuvo más

remedio que susurrarle al bosque para que aquella intrusa tomara la dirección correcta.

El primer ataque llegó por aire y fue solo una advertencia. El halcón voló en círculos sobre la joven campesina. Mara, al verlo amenazante en el cielo, aceleró su marcha y, al comprobar que el ave la seguía, comenzó a correr. El halcón era mucho más rápido y en un descenso veloz pasó rozándole la cabeza. Creyó que se había zafado de él al golpearlo con el saco; lo vio ascender y desaparecer tras las copas de los árboles. Antes de seguir su marcha, lo buscó con la mirada para cerciorarse de que se había ido y cuando sus ojos escudriñaban al oeste, el halcón apareció por el este. Se lanzó en picado y a Mara no le dio tiempo a esquivar el golpe. Las garras del ave la alcanzaron en la frente, arañándole la piel, y la fuerza del impacto hizo que cayera al suelo de culo. Se arrastró hasta un roble sin dejar de mirar hacia arriba y allí se resguardó, apoyando la espalda en su tronco. Se tocó la frente y observó la sangre en sus dedos. Quizás no saliera de allí. Quizás tampoco avanzase mucho más. Quizás.

Las ramas comenzaron a llenarse de pájaros. Cada árbol que la rodeaba quedó repleto de aves y en sus ojos se leía clara una última oportunidad para recapacitar, para que regresara a su verdadero mundo. Pero a ella le dio igual, se levantó y los miró desafiante; había tomado una decisión mucho antes de entrar en aquel paraje, una decisión que no contemplaba cambiar de opinión. Con el cuchillo en la mano y el brazo extendido, continuó su camino hacia el centro del bosque, girando sobre sí misma, mirándolos a todos para que entendieran que no estaba dispuesta a echarse atrás.

—No voy a irme —les gritó—. ¿Me oís? Haced lo que tengáis que hacer.

El segundo ataque hizo temblar las hojas de los robles y agitó sus brazos al librarse del peso de cientos de pájaros. Mara, al ver cómo oscurecían el cielo, reemprendió la carrera, no para huir, sino para llegar antes a la meta. A las aves les resultó fácil alcanzarla, era terca pero, como ya he dicho, no

rápida. Desgarraron sus ropas con las garras y le tiraron del pelo, arrancándole incluso algún mechón. Picotazos en la espalda, en la cara, en esos brazos y esas manos que no dejaban de agitarse en el aire blandiendo un mísero saco y un ridículo cuchillo de cocina. Pero seguía corriendo y corriendo en la dirección contraria a la deseada. Y si tropezaba y rodaba por el suelo, conseguía levantarse para correr de nuevo. Y si la agarraban por los hombros alzando su cuerpo enclenque para dejarla caer después, no gritaba, no suplicaba. Golpeaba con su saco, empuñaba en el aire su cuchillo y volvía a ponerse en pie, y volvía a correr, y cada vez estaba más cerca del corazón del bosque.

Encontró refugio y descanso en un viejo árbol con el tronco hueco. Algunos pájaros intentaron picotearla desde el agujero, que tenía el tamaño justo para que su menudo cuerpo pasara. Defenderse de ellos, cuando solo podían atacarla de frente, era fácil; más de uno no solo se llevó golpes de saco o patadas, también cortes. Y así, entendiendo que no conseguirían nada, los pájaros se alejaron.

El tercer ataque empezó mucho antes del primer gruñido, en el silencio del que se agazapa, del que te observa en la distancia y te va cercando poco a poco. No hubo tiempo para mirarse las heridas, porque el olor de la sangre que emanaba de ellas los llamaba. No hubo tiempo para recuperar el aliento: el árbol se estremeció golpeado desde fuera por un gran cuadrúpedo.

En cada embestida del poderoso oso el tronco se inclinaba más y, cuando sus raíces comenzaron a asomar, la intrusa no tuvo más remedio que salir. Reptando por un hueco, que ahora estaba más cerca de la tierra, abandonó su refugio. Sentada en el suelo se alejó hacia atrás impulsada por manos y pies, fija la mirada en el oso pardo que dejó tranquilo al árbol para rugirle a ella.

Todo fue una treta, un ataque sincronizado; distraída por el animal de mayor tamaño que habitaba el bosque, el lobo que lideraba una manada oculta entre la vegetación se abalanzó y la

agarró por un tobillo. Mara, al sentir los colmillos atravesando su piel hasta clavarse en el hueso, ahogó un grito apretando los dientes hasta que le dolieron las mandíbulas. El lobo tiraba de ella, alejándola del interior del bosque, acercándola a la salida. Ella quiso zafarse lanzando patadas con su pierna libre, golpeándolo con el talón para que abriera sus fauces, pero cuanto más se revolvió, más se cernían los colmillos, desgarrando la piel y la carne. Mara ya no pudo aguantar el dolor y gritó.

El lobo la arrastraba. Mara, en algún punto, había soltado su saco, pero aún conservaba el cuchillo. Pensó que tal vez pudiera alcanzarlo con él, herirlo lo suficiente para que liberara su tobillo, solo necesitaba acortar la distancia. Agarró la pierna que la fiera tenía atrapada con su mano libre y tiró de ella como si fuera una cuerda; doblando la rodilla la encogió. Debía hacerlo rápido, no aguantaría mucho así mientras seguía tirando de ella, mientras sus colmillos penetraban y destrozaban su tobillo. La mano derecha, la que sujetaba el arma, se lanzó contra su agresor en un movimiento certero, directo al hocico del animal. El corte, que iba desde la base del ojo izquierdo hasta el inicio de su nariz, comenzó a sangrar. El lobo soltó la pierna de Mara y empezó a agitar la cabeza. Le dolía el morro y la sangre se le metía en el ojo. Con una pata trató de limpiarla, pero era inútil porque no dejaba de sangrar. Ella lo observó moverse nervioso desde el suelo sin atreverse a ponerse de pie, sin querer comprobar cuánto le iba a doler intentar andar. El lobo estornudaba, la sangre le entraba en la nariz, sacudía la cabeza y se pasaba la pata por el ojo como si estuviera poseído. Ella miró y esperó con el cuchillo en la mano, preparada por si el animal volvía a la carga. Entonces recordó que los lobos nunca iban solos y se preguntó dónde estarían los demás: esperando a cubierto en la hierba alta que estaba a su alrededor.

Como no podía perder más tiempo, rasgó parte de sus ropas y con ellas se vendó el tobillo. Decidió que sería mejor volver arrastrándose siguiendo el camino contrario al que le había obligado a hacer el lobo, guiada por la vegetación que su cuerpo había aplastado. Procuró ser lo más sigilosa posible,

impulsándose con los codos y las rodillas para hacer el mínimo ruido. Creyó oírlos avanzar en paralelo a ella, a ambos lados, y empezó a ir más deprisa; codo derecho, rodilla izquierda, codo izquierdo, rodilla derecha, poco importaba ya ser silenciosa.

Encontró su saco, se detuvo y lo cogió. Creía que lo había perdido para siempre. Apoyó la frente sobre él y cerró los ojos. Deseó recordar las cansadas plegarias de su madre a esos dioses ausentes, tal vez a ella la escuchasen, tal vez se apiadaran y la ayudasen.

—No hay ningún dios, estúpida —se dijo—. Así que levántate ahora mismo.

Lo hizo, se incorporó apoyándose primero en la pierna sana y, cojeando, volvió a correr. Inimaginable era el dolor de aquel tobillo cada vez que tocaba el suelo. Su cuerpo, al sentir cómo reprimía no solo los quejidos, sino la más mínima mueca de dolor, no tuvo más remedio que aliviar el sufrimiento dejando escapar lágrimas silenciosas que empañaban los ojos y empapaban las mejillas. Llegó un punto, cuando ese dolor alcanzó cierto umbral, en que su mente se convenció de que ya no era capaz de sentirlo. Tal fue su voluntad que cuanto más avanzaba, cuanto más usaba esa pierna maltrecha, más deprisa conseguía ir. Y, aunque a veces se trastabillaba, no dejaba de intentar ser más veloz que los lobos, que aparecían y desaparecían de su visión periférica. Sobrepasó el árbol hueco que había usado de refugio y, temiendo reencontrarse con el oso, miró a ambos lados sin detener su renqueante carrera. Aun así, no previó lo que se le venía encima.

Sintió una fuerte embestida en el costado izquierdo que la lanzó por los aires. Escuchó el crujido de varias costillas al estrellarse su cuerpo contra el tronco de uno de los robles. Descubrió a qué sabía la tierra mezclada con su sangre al caer de bruces en el suelo. Alzó la mirada y se encontró frente a frente ante un ciervo de cornamenta imponente que la instaba a quedarse donde estaba golpeando la tierra con la pezuña. Pero a ella le dio igual, se deslizó como pudo para recuperar su cuchillo mientras cogía aire con dificultad; sus costillas al

expandirse no gritaban, aullaban, quizás no le quedase ni una sana. Alcanzó el saco de arpillera, pero, en cuanto lo agarró, uno de esos lobos que la había perseguido con la suficiencia del que sabe que te pillarás tarde o temprano, mordió el extremo opuesto y tiró de él para intentar arrebatárselo de las manos. Se resistió, como se había resistido todo el camino, y sacó fuerzas de donde aún le quedaban, el orgullo, para evitar que el saco se le escurriera entre las manos. El lobo agitaba el saco de un lado a otro y ella seguía aferrada a él, apretando los dientes, aguantando las sacudidas a izquierda y derecha. El halcón volvió y se lanzó sobre ella, arañando con las garras su mejilla derecha. Al tener que usar uno de sus brazos para intentar protegerse, el lobo consiguió quitarle el saco en el siguiente tirón.

Hizo una pausa en la narración, le gustaba detenerse en ese momento en especial, cuando los ojos de los niños la miraban sin pestañear, cuando contenían el aliento.

—Necesito un poco de agua —dijo mientras buscaba sin prisa su odre—, tanto hablar me deja la boca seca.

Bebió despacio, alargando la pausa, poniendo a prueba la impaciencia infantil.

—¿Y qué pasó después, Ela? —rompió Nuno el silencio, un niño tan menudo como espabilado y con el pelo, negro como la noche, siempre de punta.

—Shhh... Calla, que si no, no nos lo cuenta —le recriminaron los demás.

—Pero si no he dicho nada...

—¡Que te calles!

Sonrió, carraspeó y los miró fijamente, silenciándolos al instante.

—¿Por dónde iba? Ah, sí, el lobo se había llevado su saco. —Tomó aire de un modo ceremonial y prosiguió—: Tumbada en el suelo boca abajo, apoyaba la frente sobre los brazos. Le costaba un mundo respirar, lo hacía a pequeñas y lentas boca-

nadas. El bosque, al verla así, creyó que ya se había rendido y que se iría para nunca volver.

Recorrió con la mirada a todos y cada uno de sus pequeños oyentes mientras contaba cómo la dríada, al mirar a aquella muchacha de ropa desgastada hecha girones, con el pelo revuelto lleno de tierra y hierba, con el vendaje del tobillo teñido de rojo oscuro, llena de magulladuras y con varias costillas rotas, supo que volvería a levantarse.

—«Basta», les dijo a las aves; «es suficiente», a los lobos y a los ciervos; y el bosque volvió a la calma; y el bosque permaneció quieto. —Observó cómo abrían los ojos y la boca los más pequeños, cómo sonreían entusiasmados los mayores—. Llegó al corazón del Bosque de Robles acompañada por un gran silencio y allí descubrió algo asombroso: árboles frutales de todas las clases existentes crecían alrededor de un gran lago.

—¡El lago de agua mágica! —gritó entusiasmado uno de los niños de más edad, no identificó cuál.

—Shhh... —le ordenaron los demás.

—Sí, cierto, pero ella no sabía que su agua era mágica. No lo supo hasta que sació su sed y se lavó la cara. Aunque tardó en entender que el cosquilleo que sentía en su interior a medida que bebía no era porque su estómago, acostumbrado al vacío, se sintiera extraño al llenarse, sino porque el agua estaba reparando las costillas rotas. Lo comprendió al mirar cómo, además de lavar la sangre de sus manos, hacía desaparecer los arañazos. Se tumbó en la orilla del lago, a la profundidad justa para que sus aguas se llevaran la mugre de su piel y sanaran las heridas sin temor a morir ahogada.

Se quedó un rato mirando al cielo, que sobre el lago era visible, ya que allí no había copas frondosas que lo ocultaran. El agua le tapaba los oídos y escuchó su propia respiración, grave e intensa, pero también suave y acompasada. Qué tranquilidad, qué paz, como cuando era una niña. Pronto vino a su mente el

motivo por el que estaba allí y que, con él a cuestas, debía salir. Se incorporó y recordó con fastidio que ya no tenía el saco. Miró a su alrededor buscando una solución, porque intentar encontrarlo no le pareció una buena idea. Su madre hacía cestillos con ramas finas y flexibles; conservaba el cuchillo y estaba rodeada de un montón de árboles. Cortó ramas, las limpió y las entrelazó unas con otras hasta crear la forma adecuada. El resultado no era muy bonito, pero sería resistente y lo bastante grande para llevar los frutos necesarios para dar esperanza a su familia. Trepó por los troncos y agitó las ramas hasta que el cesto quedó lleno. Volvió a mirar al cielo, se estaba haciendo tarde. Colocó el cestillo en su cabeza, aferró su cuchillo y tomó aire antes de emprender el camino de regreso a su casa.

La siguió, paralela a ella y a cierta distancia, espiando entre los árboles cómo se iba de sus dominios cargada con sus frutos. Observó su alerta, su mirada de desconfianza, su cuerpo preparado para repeler como fuera cualquier acometida. Contempló cómo, a medida que avanzaba sin que ningún animal se interpusiera en su camino, esa mirada primero reflejó desconcierto, después incredulidad y, al final, alivio. Y aunque sus músculos se fueron relajando poco a poco cuanto más se acercaba al final del bosque, nunca dejó de mirar atrás cada tres o cuatro pasos, nunca dejó de agarrar con fuerza el cesto donde trasportaba la fruta, ni el cuchillo que empuñaba.

La vio alejarse hacia ese lugar yermo que se veía en la lejanía. La humana aceleraba y frenaba su paso, en una lucha entre la felicidad desbordada y la prudencia. Seguro que había ido a su bosque en secreto y con pocas esperanzas de lograr salir; seguro que entre zancada y zancada estaba preparando una buena mentira, una creíble, para el botín que llevaba. Miró a sus pies, parados en el límite de la arboleda, sin poder avanzar más allá, sin posibilidad de espiar a esa muchacha cuando llegara a casa, cuando derramara las frutas sobre la mesa del comedor al mismo ritmo que lo harían sus lágrimas. Se preguntó si tendría hijos o hermanos. ¿Cómo sería la familia que la esperaba allí? No sabía las respuestas a esas preguntas, salvo

que aquella escuálida campesina estaba dispuesta a dar su vida por ella.

—Al principio, mientras el temor y el respeto que le provocaba el bosque aún no habían desaparecido, regresaba a él solo cuando el hambre volvía a apretar —narró Ela a sus nietos adoptivos, a sus niños, mientras ellos daban bocado tras bocado sin apartar la vista de ella—. La confianza creció al mismo ritmo que la esperanza, lenta pero sin pausa. Sus viajes al lugar prohibido se volvieron más asiduos y pasó de solo llevar un saco de arpillera para recoger frutos a poner trampas para conejos. A los habitantes del bosque no les gustaba su presencia, no entendían por qué su señora le permitía entrar y salir como si nada. Por qué se limitaba a seguirla en la distancia, a observarla a escondidas, evitando con sumo cuidado que aquella intrusa se diera cuenta de su presencia.

Sacó un trozo de queso de su zurrón y cortó un pedazo. Los niños esperaron a que ella lo masticara y lo tragara, a que después se refrescara la garganta.

—Prefirieron creer que algún día su señora se daría cuenta de su error, que despertaría y entendería que no había nada interesante en una humana desarrapada que cogía lo que deseaba del bosque como si fuera suyo. —Sonrió a su audiencia, tan concentrados estaban algunos que se les escurría parte del pan o la carne ahumada de la boca sin que se dieran cuenta—. A la driada, sin embargo, sus quejas le hacían gracia; pobres, no sabían ver más allá, donde se encontraban las respuestas. Porque siempre volvía sola, porque siempre murmuraba palabras de perdón y agradecimiento a las liebres que cazaba en sus trampas, porque nunca se llevaba más de lo que necesitaba.

—Ahora viene cuando... —le dijo Lúa a Roi al oído, ambos de ocho primaveras, la primera extrovertida, el segundo tímido y con el rojo en las mejillas casi permanente.

—Nos está mirando, Lúa —la interrumpió Roi y su amiga enmudeció.

—Ay, a su madre —prosiguió ignorando a los dos niños—, qué poco le gustaba que ella siguiera yendo al bosque. Sus advertencias, después de días sin que su hija regresara de la morada de la dríada con más heridas que las magulladuras que se hacía al trepar por los árboles, se acallaron, aunque no su preocupación. Por alguna extraña razón la dríada la dejaba entrar. Cada noche rezaba a sus dioses para que no cambiara de opinión como el ser caprichoso que la leyenda decía que era. Con lo que no contó fue con el exceso de confianza de su única hija.